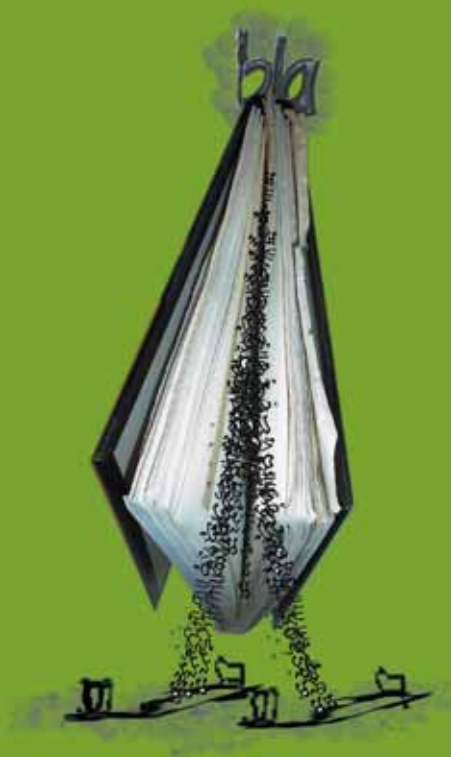


El hombre que sabía javanés

Lima Barreto



Mercosur lee

BRASIL

EL HOMBRE QUE SABÍA JAVANÉS

LIMA BARRETO

"El hombre que sabía javanés" de Lima Barreto
en *O homem que sabia javanês e outros contos*. Curitiba: Polo Editorial do Paraná, 1997.
Centro de Estudios Brasileños, Lima, Perú, 1981.
Selección: *Ministerio de Educación de Brasil*

Agradecemos la colaboración de la Embajada de Brasil en Argentina

Imagen de tapa: Mariana Monteserin
Diseño de colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: "Mercosur lee"

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075
campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2005

En una confitería contaba yo cierta vez a mi amigo Castro las alternativas de mi vida aventurera, las convicciones de que claudiqué y las responsabilidades a las que no guardé la debida consideración, para poder vivir. Incluso aquella ocasión en que residiendo en Manaos, en la cual me vi obligado a ocultar mi calidad de bachiller, para obtener más confianza de los clientes, que afluían a mi escritorio de hechicero y de adivino. Eso era lo que yo le contaba.

Mi amigo me escuchaba callado, pendiente de mis palabras, gustando de aquel mi Gil Blas vivido, hasta que en una pausa de nuestra conversación, ya agotados los vasos de cerveza, me observó interesado:

–¡Tu vida ha sido una cosa bien divertida, Castelo!

–Solamente así se puede vivir... Esto de tener una ocupación única: salir de casa a ciertas horas, volver a otras, cansa finalmente, ¿no te parece? ¡Yo no sé cómo he podido aguantar allá, en el consulado!

–Eso cansa, sí, es cierto; pero no es eso lo que me admira. Lo que me llama la atención es que hayas corrido tantas aventuras aquí, en este Brasil pacato y burocrático.

–¿Y por qué no? Aquí mismo, caro amigo Castro, se pueden encontrar y vivir bellas páginas de la vida. ¡Imagínate tú que yo he sido hasta profesor de javanés!

–¿Cuándo? ¿Acaso a tu regreso del consulado?

–No; antes. Y precisamente fui nombrado cónsul por eso.

–Cuenta, entonces, cómo fue la cosa. ¿Aceptas otro vaso de cerveza?

–Acepto.

Mandamos traer otra botella, llenamos los vasos nuevamente y continué mi historia:

–Yo había llegado hacía muy poco tiempo a Río de Janeiro y me encontraba literalmente en la miseria. Vivía huido de la casa de pensión, sin saber en donde ganar el dinero, cuando leí en el "Journal do Comercio" el anuncio siguiente: "Se precisa un profesor de lengua javanesa. Contestar por escrito etc. etc." Me dije entonces que el asunto me convenía; además esta era una colocación que no tendría muchos concurrentes; y si lograrse dominar por lo menos cuatro palabras, era cosa hecha. Salí del café en donde me encontraba, anduve por las calles, imaginándome que yo era un profesor de javanés, ganando dinero, viajando en tranvía y sin encontrar personas desagradables, víctimas, particularmente.

Sin darme cuenta me encaminé a la Biblioteca Nacional. No sabía bien qué clase de libro tendría que pedir; mas entré, entregué el sombrero en la portería, recibí la tarjeta y subí escaleras arriba. Ya en la ventanilla de pedidos, solicité la Gran Enciclopedia, en la letra J, seguro que en el artículo correspondiente a Java encontraría elementos de la lengua javanesa. Dicho y hecho. Me enteré de que Java era una gran isla del archipiélago de Sonda, colonia holandesa, y el javanés, lengua aglutinante del grupo malayo-polinésico, poseía una literatura digna de nota, escrita en caracteres derivados del antiguo alfabeto hindú. La Enciclopedia me indicaba algunos trabajos sobre la lengua malaya, y sin titubear consulté uno de ellos, allí citados. Copié el alfabeto, como también su pronunciación figurada, y salí. Anduve por las calles, de aquí para allá, rumiando letras y más letras. En mi cabeza danzaban jeroglíficos; de vez en cuando consultaba mis notas; entraba en los jardines y escribía con un palo en la arena de los paseos columnas de signos, para fijarlos bien en mi mente y habituarme en ese ejercicio de la escritura.

Ya de noche, cuando pude entrar en la pensión, sin que me notaran, como para evitar preguntas indiscretas del casero, continué aún en mi cuarto deletreando el alfabeto malayo, y lo hice con tanto ahinco, con tal firmeza, que a la mañana siguiente lo sabía perfectamente de memoria.

Me convencí de que aquella lengua era la más fácil del mundo y salí; mas no tan temprano, que evitase el encuentro del encargado de las habitaciones. Verme y encararse conmigo fue la misma cosa:

–Señor Castelo: ¿cuándo saldamos su cuenta?

Respondile entonces, con la más encantadora esperanza:

–En fecha muy breve... Espere un poco... Tenga paciencia... Seré nombrado profesor de javanés, y ...

Me interrumpió de improviso:

–¿Qué diablo es eso de profesor de javanés, señor Castelo?

Me agradó el interés, por cierto bastante divertido del hombre y, aprovechando la oportunidad, quise herirlo en su patriotismo de buen portugués:

–Javanés es una lengua que se habla cerca de Timor. ¿Sabe en dónde está eso?

Oh!, alma ingenua... Aquel hombre se olvidó de mi deuda y me dijo con su hablar fuerte de los portugueses:

–Francamente, yo muy bien no sé dónde está eso ni lo que es, pero tengo entendido que son unas tierras que tenemos por el lado de Macao. ¿Sabe algo de eso, señor Castelo?

Animado por esta escapatoria afortunada que me proporcionó el asunto javanés, volví nuevamente a buscar el anuncio. En efecto, allí estaba. Decidí animosamente proponerme como profesor de idioma oceánico. Redacté la respuesta.

Pasé por el diario y dejé la carta. Volví nuevamente a la Biblioteca Nacional y continué con mis estudios de javanés. No realicé grandes progresos en ese día; ignoro si por entender que era suficiente con el conocimiento del alfabeto o por haberme agradado más los datos sobre literatura y bibliografía que el estudio del idioma, que era precisamente lo que tendría que enseñar...

Al cabo de dos días, me llegó una carta para presentarme en la casa del doctor Manuel Feliciano Soares Albernaz, barón de Jacuecanga, en la calle conde de Bonfim, no recuerdo bien el número. Es preciso que no olvides que entretanto continué estudiando mi malayo, esto es, el tal javanés. Además del alfabeto, me informé del nombre de algunos autores, como de diversas frases, preguntas y respuestas, tal como: "Cómo está usted" y dos o tres reglas más de gramática, amén del alfabeto y unas veinte palabras más del léxico.

¡No te puedes dar una idea de las grandes dificultades que hallé para proporcionarme los cuatrocientos reis del viaje! Te aseguro que es mucho más fácil aprender javanés, puedes estar cierto, que encontrar unas míseras monedas. Finalmente, tuve que decidirme por ir a pie. Llegué sudado; y, con maternal cariño, las viejas plantas, que se perfilaban en la alameda, delante de la casa del aristócrata, me recibieron, me acogieron y me reconfortaron. En toda mi vida fue ese el momento en que sentí cierta simpatía por la naturaleza.

Era una casa enorme que parecía estar desierta, más no sé por qué me vino el pensamiento, ante esa contemplación, de que se notaba, más que pobreza, algo así como cansancio y dejadez. Debía estar despintada desde hacía muchos años; descascaradas las paredes, rotas las salientes del tejado, de esas tejas revestidas de otros tiempos, desguarnecidas aquí y allí, como bocas desdentadas o mal cuidadas.

Miré un poco el jardín y vi la pujanza vengativa de las plantas silvestres junto a las otras domésticas, a varias de las cuales habían expulsado completamente. Algunas, escondidas, casi ocultas, trataban apenas de vivir entre tanta asfixia. Llamé. Tardaron bastante en responder. Por fin, llegó un viejo negro africano, cuyas barbas de algodón rizado, lo mismo que su rala cabellera, daban a su fisonomía una aguda expresión de ancianidad, dulzura y sufrimiento.

En la sala había una galería de retratos: arrogantes señores de luenga barba se perfilaban encuadrados en inmensas molduras doradas, y dulces perfiles de señoras, con peinados imponentes, grandes abanicos, que parecían querer subir a los aires, enfundadas en los redondos y abultados vestidos, como globos; mas de todas aquellas cosas, a las cuales el polvo daba mucha más antigüedad y respeto, lo que más me agradó fue un bello jarrón de porcelana de China o de la India, o algo parecido... Aquella pureza de la alfarería, la fragilidad, la ingenuidad del dibujo, aquel brillo tenue de luna, me decían que aquel objeto había

sido hecho por las manos de una criatura, de sueños, para encanto de los ojos ya viejos y cansados, desengañados del mundo...

Esperé un instante al dueño de la casa. Tardó un poco. Un tanto inseguro, con un gran pañuelo de hilo en las manos, tomando de vez en cuando el viejo rapé de antaño, me inspiró un sentimiento de respeto cuando lo vi llegar. Tuve deseos de marcharme. Aunque no fuera él el discípulo, era siempre un crimen engañar a ese anciano, cuya vejez traía asociada a mi mente algo de augusto, de sagrado. Dué, pero me quedé. Adelantándose, dije:

–Yo soy el profesor de javanés, que el señor ha pedido.

–Tome asiento –me respondió el viejo–. ¿Es usted de Río de Janeiro?

–No señor –respondí–, soy de Canavieiras.

–¿Cómo? –volvió a preguntar el viejo–. Hable un poco más alto, soy un poco sordo.

–Soy de Canavieiras, de Bahía –insistí yo.

–¿En dónde hizo sus estudios?

–En San Salvador.

–¿Y en dónde aprendió javanés? –indagó él, con aquella su manera insistente tan peculiar de los viejos.

Yo no contaba con esa pregunta, mas inmediatamente inventé una mentira. Le conté que mi padre era javanés. Tripulante de un navío mercante, llegó a Bahía, y se estableció cerca de la localidad de Canavieiras como pescador, se casó luego y prosperó, y precisamente aprendí el javanés con mi padre.

–¿Y lo creyó? Pero ¿y la cara, el físico? –preguntó mi amigo, que hasta entonces permanecía en silencio.

–No soy –repliqué– muy diferente de un javanés. Estos mis cabellos recios, duros y bastante gruesos, como mi piel de color mate, pueden darme muy bien un aspecto de mestizo malayo... Tú sabes bien que, entre nosotros, hay de todo: indios, malayos, tahitianos, malgaches, incluso hasta godos. Es una comparsa de razas y de tipos de lo más extraños, capaz de dar envidia al mundo entero.

–Está bien, amigo mío, puedes continuar.

–El viejo me escuchaba atentamente, consideró mi físico, pareciéndome que me creía en efecto hijo de malayo, y me preguntó con dulzura:

–¿Entonces está dispuesto a enseñarme javanés?

–La respuesta salíome sin querer: –Está bien.

–Usted ha de quedar admirado –añadió el barón de Jacuecanga– que yo con esta edad desee aún saber algunas cosas más...

–No tengo porqué admirarme. Muchos ejemplos se han visto en el mundo, por cierto muy aleccionadores.

–Lo que yo quiero, mi estimado joven...

–Castelo –me adelanté yo–.

–Lo que yo quiero, mi estimado señor Castelo, es cumplir un juramento de familia. No sé si el señor sabe que yo soy nieto del consejero Albernaz, aquel que acompañó a don Pedro I, cuando abdicó. A su regreso de Londres trajo al Brasil un libro en una rara lengua, por el cual tenía máxima estimación. Un hindú o un siamés se lo dio en Londres, en prueba de agradecimiento por no sé cual servicio prestado por mi abuelo. Al morir mi antepasado, llamó a mi padre y le dijo: "Hijo, tengo este libro aquí, escrito en javanés. Quien me lo dio me aseguró que evita desgracias o trae felicidades para el que lo tiene. Yo no puedo saber si tal cosa es cierta o no lo es. En todo caso, guárdalo; mas si quieres que el hado que me dictó el sabio oriental se cumpla, procura que tu hijo lo entienda, para que siempre nuestra raza sea feliz". Mi padre –continuó el viejo barón– no tuvo mucha fe en esas historias; con todo, guardó el libro. A las puertas de la muerte, me lo dio y me dijo la misma sentencia, lo mismo que prometiera a su padre. Al comienzo, poco caso hice de esa historia del libro. Lo dejé en la biblioteca de la casa y me dediqué a mis actividades. Llegué incluso a olvidarme; mas de un tiempo a esta parte, he pasado por tantos disgustos, tantas desgracias acibararon mi vejez que me acordé de ese talismán de la familia. Tengo que leerlo y saber su contenido, comprenderlo, si no quiero que mis últimos días anuncien el desastre de mi posteridad; y para entenderlo, claro está que preciso saber el javanés. Esto es todo.

Callóse el viejo y noté que sus ojos se le habían puesto húmedos. Discretamente, los secó con el pañuelo y me preguntó si quería ver el libro. Le respondí que sí. Llamó al criado, le dio las instrucciones y me dijo que había perdido todos los hijos y sobrinos, quedándole solamente una hija casada, cuya prole, entretanto, estaba reducida a un hijito, débil de cuerpo y de poca salud, delgado e impresionable. Llegó el libro, era un viejo infolio, antiguo, encuadernado en cuero, impreso en grandes letras en un papel amarillo y grueso. Le faltaba la portada y por tal razón no se podía saber la época de su impresión. Conservaba aún unas páginas de prefacio, escritas en inglés, en donde leí que se trataba de ciertas historias del príncipe Kulanga, escritor javanés de mucho mérito.

Luego informé de eso al viejo barón que no se percató que yo había llegado allí por el conocimiento del idioma inglés. Y quedó encantado al saber la profundidad de mis conocimientos malayos. Estuve largo rato examinando las páginas de tal cartapacio, haciendo como que leía o deletreaba magistralmente aquella curiosidad, hasta que por fin contratamos las condiciones de los honorarios y las horas, comprometiéndome a que, antes de un año, el viejo pudiese leer ese mamotreto de una manera cabal.

Poco tiempo después daba mi primera lección, mas el viejo no fue tan diligente

como yo. No conseguía aprender a distinguir ni a escribir siquiera cuatro letras. En fin, con la mitad del alfabeto llevamos más de un mes y el señor barón de Jacuecanga no llegó a dominar la materia: aprendía y desaprendía fácilmente.

La hija y el yerno (me imagino que hasta ese momento nada sabían de la historia de tal libro) llegaron a tener noticias de los estudios del viejo; pero no se molestaron por eso. Hallaron graciosa tal preocupación y se imaginaron que eran cosas para distraerse o manías de carcamal.

—Aunque te extrañe, caro amigo Castro, el yerno quedóse profundamente admirado al ver la capacidad del profesor de javanés. ¡Qué cosa singular! El no se cansaba de repetir:

—¡Es algo asombroso! ¡Tan joven y ya con semejantes conocimientos! ¡Si yo supiese eso dónde estaría!

El marido de doña María de la Gloria (así se llamaba la hija del barón) era juez, hombre relacionado e influyente; mas no ocultaba ante todos su admiración por mi javanés. Por otra parte, el barón estaba contentísimo. Al cabo de dos meses desistió de semejante aprendizaje y me pidió que le tradujese, tres días por semana, fragmentos del libro encantado. Le bastaba con entenderlo; nada se oponía a que otra persona tradujese el libro y él lo escuchase. Así se evitaba la fatiga del estudio y cumplía el encargo.

Debo decirte que hasta hoy nada sé de javanés, mas urdí una historia bien tonta, dándole las características de un viejo cronicón, como muchos que conocía. ¡Cómo escuchaba él aquellas tonterías!... Quedaba extático, como si estuviese oyendo palabras de un ángel. ¡Y más méritos se acrecentaban ante sus ojos!...

Me dio alojamiento en su casa, me colmaba de regalos, y bien pronto me aumentó el sueldo. Pasaba, en fin, una vida regalada.

Contribuyó mucho a eso la circunstancia de haber recibido una herencia de un pariente olvidado que residía en Portugal. El buen viejo atribuía la causa a mi javanés; y yo mismo casi llegué a creer también tal cosa.

Fui perdiendo mi remordimiento, aunque siempre tuve miedo de que el día menos pensado apareciese alguien versado en javanés, y se evidenciara mi desconocimiento de tal idioma malayo. Ese era mi temor, que llegó a acentuarse cuando el viejo barón me mandó con una carta al vizconde de Carurú, para que me hiciese entrar en la carrera diplomática. Aduje con calor mi falta de elegancia, mi fealdad, mi aspecto tagalo.

—¡Qué importa! —me replicaba—. Vaya, muchacho; usted sabe javanés, y eso basta!

Fui. El vizconde me mandó a la Secretaría de Asuntos Extranjeros con diversas recomendaciones. ¡Fue un éxito rotundo!

El director llamó al jefe de la sección, diciéndole:

—¡Vea, amigo, un hombre que sabe javanés!; qué portento!

Los jefes de las diversas secciones me llevaron a los oficiales y éstos a los amanuenses y uno de éstos me miró con odio, no sé si de envidia o de admiración... Y todos me decían:

—¿Con que sabe javanés? ¡Qué idioma difícil! ¡No hay nadie, salvo usted en esta casa, que sepa javanés!

El amanuense de marras que me miró con odio, acudió entonces:

—Ciertamente, usted sabe javanés, mas yo sé canaque; ¿conoce usted esa lengua?

Le dije que no y pasé a ver al ministro.

El alto funcionario levantóse, puso sus manos en las caderas, luego arregló los lentes sobre la nariz y preguntó:

—¿Así que sabe javanés?

Le respondí que sí; y a sus preguntas de dónde y en qué lugar, le conté la vieja historia de mi padre javanés...

—Bien —dijome el ministro—, usted no puede entrar en la diplomacia: su físico no lo favorece... Lo mejor sería un buen consulado en Asia o tal vez en Oceanía. Por el momento no tenemos vacante, pero como pienso hacer una reforma, usted entrará. De hoy en adelante, queda usted agregado al Ministerio en mi gabinete; además, en breve se realizará un congreso de lingüística en el exterior y usted representará al Brasil. ¡Estudie, lea particularmente a Hovelacque, Max Müller y algunos otros!

Imagínate tú que yo, sin saber nada de javanés, me encontraba empleado en virtud de esos conocimientos, como también nombrado para representar al Brasil en un congreso de sabios...

El viejo barón murió en ese interin, pasando el legado del libro al yerno con el deseo de que éste lo transmitiese a su vez al nieto, cuando tuviera la edad conveniente. Me dejó también en el testamento alguna cosa.

Me puse a estudiar con afán las lenguas malayo-polinésicas; pero todo era inútil. Bien nutrido, bien vestido, bien dormido, no tenía la energía necesaria para hacer entrar en mi cabeza aquellas cosas tan raras. Compré libros, me subscribí a revistas, tales como: "Revue Anthropologique et Linguistique", "Proceedings of the English", "Oceanic Association", "Archivo Glottológico Italiano", ¡y el diablo!... Y lo más curioso del caso es que mi fama crecía. En las calles, los informados de mis cualidades, me señalaban diciendo a los otros:

—Allí va el sujeto que habla javanés.

En las bibliotecas los gramáticos me consultaban sobre la colocación de los pronombres en tal o cual lugar de las islas de Sonda. Recibía cartas de los eruditos del interior, los diarios citaban mis conocimientos y me negué a aceptar

varios alumnos deseosos de aprender el javanés. Por invitación de la dirección del "Journal do Comercio" escribí un artículo de cuatro columnas sobre la literatura javanesa antigua y moderna.

—¿Cómo es que tú sabías eso? —me interrumpió atento Castro.

—Muy sencillo: primero describí la isla de Java, con el auxilio de diccionarios y obras geográficas, y luego comencé a citar nombres a más no poder.

—¿Y nunca dudaron? —me inquirió interesado mi amigo.

—Nunca. Es decir, una vez casi quedé perdido. La policía prendió un sujeto, un marinero bronceado, que sólo hablaba una lengua extraña, misteriosa. Llamaron a diversos intérpretes, pero ninguno lo entendía. Fui también llamado, con todos los respetos que mi sabiduría merecía, naturalmente. Tardé en ir, pero me decidí finalmente. El marinero ya estaba en libertad, merced a las gestiones del cónsul holandés, con el cual se pudo entender por media docena de palabras holandesas. ¡El tal marinero era javanés!... ¡Aquello fue terrible!

Llegó entretanto la época del congreso, y como era natural, partí para Europa. ¡Qué delicia! Asistí a la inauguración y también a las sesiones preparatorias. Me inscribieron en la sección de tupi-guaraní, y marché luego para París. Antes, empero, hice publicar en el "Mensajero de Basilea" mi retrato, con una cantidad de notas biográficas y bibliográficas. Cuando regresé, el presidente me pidió disculpas por haberme colocado en aquella sección. No conocían mis trabajos y juzgaron que, por ser un americano-brasileño, me estaba naturalmente indicada la sección de tupi-guaraní. Acepté las explicaciones y hasta hoy no pude escribir mis obras sobre el javanés, para mandárselas, tal como se lo había prometido...

Concluído el congreso, mandé publicar extractos de artículos del "Mensajero de Basilea" en Berlín, en Turín y en París, donde los lectores de mis obras me rodearon y les ofrecí un banquete que me costó casi diez mil francos, lo que me restaba de la herencia del crédulo barón de Jacuecanga...

No perdí tiempo ni mi dinero. Llegué a ser una gloria nacional, y al saltar en el muelle a mi regreso, recibí una ovación de todas las clases sociales y del Presidente de la Republica, quien días después me invitaba a un almuerzo en su compañía. A los seis meses fui nombrado cónsul en La Habana, en donde estuve seis años y adonde regresaré muy en breve, para perfeccionarme en los estudios de las lenguas malayas, melanesias y de la Polinesia.

—¡Es fantástico! —observó Castro, tomando su vaso de cerveza.

—Pues mira tú, si no fuera porque me encuentro contento con mi profesión, ¿sabes lo que sería?

—¿Qué?

—¡Bacteriólogo eminente! ¿Vamos?

—Vamos.

O HOMEM QUE SABIA JAVANÊS

LIMA BARRETO

Em uma confeitaria, certa vez, ao meu amigo Castro, contava eu as partidas que havia pregado às convicções e às respeitabilidades, para poder viver.

Houve mesmo, uma dada ocasião, quando estive em Manaus, em que fui obrigado a esconder a minha qualidade de bacharel, para mais confiança obter dos clientes, que afluíam ao meu escritório de feiticeiro e adivinho. Contava eu isso.

O meu amigo ouvia-me calado, embevecido, gostando daquele meu Gil Blas vivido, até que, em uma pausa da conversa, ao esgotarmos os copos, observou a esmo:

—Tens levado uma vida bem engraçada, Castelo!

—Só assim se pode viver... Isto de uma ocupação única: sair de casa a certas horas, voltar a outras, aborrece, não achas? Não sei como me tenho agüentado lá, no consulado!

—Cansa-se; mas, não é disso que me admiro. O que me admira, é que tens corrido tantas aventuras aqui, neste Brasil imbecil e burocrático.

—Qual! Aqui mesmo, meu caro Castro, se podem arranjar belas páginas de vida. Imagina tu que eu já fui professor de javanês!

—Quando? Aqui, depois que voltaste do consulado?

—Não; antes. E, por sinal, fui nomeado cónsul por isso.

—Conta lá como foi. Bebes mais cerveja?

—Bebo.

Mandamos buscar mais outra garrafa, enchemos os copos, e continuei:

—Eu tinha chegado havia pouco ao Rio estava literalmente na miséria. Vivía fugido de casa de pensão em casa de pensão, sem saber onde e como ganhar dinheiro, quando li no Jornal do Comércio o anuncio seguinte: "Precisa-se de um professor de língua javanesa. Cartas, etc." Ora, disse cá comigo, está ali uma colocação que não terá muitos concorrentes; se eu capiscasse quatro palavras, ia apresentar-me. Saí do café e andei pelas ruas, sempre a imaginar-me professor de javanês, ganhando dinheiro, andando de bonde e sem encontros desagradáveis com os "cadáveres".

Insensivelmente dirigi-me à Biblioteca Nacional. Não sabia bem que livro iria pedir; mas, entrei, entreguei o chapéu ao porteiro, recebi a senha e subi. Na escada, acudiu-me pedir a Grande Encyclopédie, letra J, a fim de consultar o artigo relativo a Java e a língua javanesa. Dito e feito. Fiquei sabendo, ao fim de alguns minutos, que Java era uma grande ilha do arquipélago de Sonda, colônia holandesa, e o javanês, língua aglutinante do grupo maleo-polinésico, possuía uma literatura digna de nota e escrita em caracteres derivados do velho alfabeto hindu.

A Encyclopédie dava-me indicação de trabalhos sobre a tal língua malaia e não tive dúvidas em consultar um deles. Copiei o alfabeto, a sua pronúncia figurada e saí. Andei pelas ruas, perambulando e mastigando letras. Na minha cabeça dançavam hieróglifos; de quando em quando consultava as minhas notas; entrava nos jardins e escrevia estes calungas na areia para guardá-los bem na memória e habituar a mão a escrevê-los.

À noite, quando pude entrar em casa sem ser visto, para evitar indiscretas perguntas do encarregado, ainda continuei no quarto a engolir o meu "a-b-c" malaio, e, com tanto afinco levei o propósito que, de manhã, o sabia perfeitamente.

Convenci-me que aquela era a língua mais fácil do mundo e saí; mas não tão cedo que não me encontrasse com o encarregado dos aluguéis dos cômodos:

– Senhor Castelo, quando salda a sua conta?

Respondi-lhe então eu, com a mais encantadora esperança:

– Breve... Espere um pouco... Tenha paciência... Vou ser nomeado professor de javanês, e...

Por aí o homem interrompeu-me:

– Que diabo vem a ser isso, Senhor Castelo?

Gostei da diversão e ataquei o patriotismo do homem:

– É uma língua que se fala lá pelas bandas do Timor. Sabe onde é?

Oh! alma ingênua! O homem esqueceu-se da minha dívida e disse-me com aquele falar forte dos portugueses:

– Eu cá por mim, não sei bem; mas ouvi dizer que são umas terras que temos lá para os lados de Macau. E o senhor sabe isso, Senhor Castelo?

Animado com esta saída feliz que me deu o javanês, voltei a procurar o anúncio. Lá estava ele.

Resolvi animosamente propor-me ao professorado do idioma oceânico. Redigi a resposta, passei pelo Jornal e lá deixei a carta. Em seguida, voltei à biblioteca e continuei os meus estudos de javanês. Não fiz grandes progressos nesse dia, não sei se por julgar o alfabeto javanês o único saber neces-

sário a um professor de língua malaia ou se por ter me empenhado mais na bibliografia e história literária do idioma que ia ensinar.

Ao cabo de dois dias, recebia eu uma carta para ir falar ao doutor Manuel Feliciano Soares Albernaz, Barão de Jacuecanga, à Rua Conde de Bonfim, não me recordo bem que numero. E preciso não te esqueceres que entretimentos continuei estudando o meu malaio, isto é, o tal javanês. Além do alfabeto, fiquei sabendo o nome de alguns autores, também perguntar e responder "como está o senhor?" e duas ou três regras de gramática, lastrado todo esse saber com vinte palavras do léxico.

Não imaginas as grandes dificuldades com que lutei, para arranjar os quatrocentos réis da viagem! É mais fácil –podes ficar certo– aprender o javanês... Fui a pé. Cheguei suadíssimo; e, com maternal carinho, as anosas mangueiras, que se perfilavam em alameda diante da casa do titular, me receberam, me acolheram e me reconfortaram. Em toda a minha vida, foi o único momento em que cheguei a sentir a simpatia da natureza...

Era uma casa enorme que parecia estar deserta; estava mal tratada, mas não sei porque me veio pensar que nesse mau tratamento havia mais desleixo e cansaço de viver que mesmo pobreza. Devia haver anos que não era pintada. As paredes descascavam e os beirais do telhado, daquelas telhas vidradas de outros tempos, estavam desguarnecidos aqui e ali, como dentaduras decadentes ou mal cuidadas.

Olhei um pouco o jardim e vi a pujança vingativa com que a tiririca e o carrapicho tinham expulsado os tinhorões e as begônias. Os crótons continuavam, porém, a viver com a sua folhagem de cores mortíferas.

Bati. Custaram-me a abrir. Veio, por fim, um antigo preto africano, cujas barbas e cabelo de algodão davam à sua fisionomia uma aguda impressão de velhice, doçura e sofrimento.

Na sala, havia uma galeria de retratos: arrogantes senhores de barba em colar se perfilavam enquadrados em imensas molduras douradas, e doces perfis de senhoras, em bandós, com grandes leques, pareciam querer subir aos ares, enfunadas pelos redondos vestidos à balão; mas, daquelas velhas coisas, sobre as quais a poeira punha mais antiguidade e respeito, a que gostei mais de ver foi um belo jarrão de porcelana da China ou da Índia, como se diz. Aquela pureza da louça, a sua fragilidade, a ingenuidade do desenho e aquele seu fosco brilho de luar, diziam-me a mim que aquele objeto tinha sido feito por mãos de criança, a sonhar, para encanto dos olhos fatigados dos velhos desiludidos...

Esperei um instante o dono da casa. Tardou um pouco. Um tanto trôpego, com o lenço de alcaobaça na mão, tomando veneravelmente o simonte de

antanho, foi cheio de respeito que o vi chegar. Tive vontade de ir-me embora. Mesmo se não fosse ele o discípulo, era sempre um crime mistificar aquele ancião, cuja velhice trazia à tona do meu pensamento alguma coisa de augusto, de sagrado. Hesitei, mas fiquei.

–Eu sou, avancei, o professor de javanês, que o senhor disse precisar.

–Sente-se –respondeu-me o velho–. O senhor é daqui, do Rio?

–Não, sou de Canavieiras.

–Como? –fez ele–. Fale um pouco alto, que sou surdo.

–Sou de Canavieiras, na Bahia –insisti eu.

–Onde fez os seus estudos?

–Em São Salvador.

–Em onde aprendeu o javanês? –indagou ele, com aquela teimosia peculiar aos velhos.

Não contava com essa pergunta, mas imediatamente arquitetei uma mentira. Contei-lhe que meu pai era javanês. Tripulante de um navio mercante, viera ter à Bahia, estabelecera-se nas proximidades de Canavieiras como pescador, casara, prosperara e fora com ele que aprendi javanês.

–E ele acreditou? E o físico? –perguntou meu amigo, que até então me ouvira calado.

–Não sou, objetei, lá muito diferente de um javanês. Estes meus cabelos corridos, duros e grossos e a minha pele basané podem dar-me muito bem o aspecto de um mestiço de malaio... Tu sabes bem que, entre nós, há de tudo: índios, malaios, taitianos, malgaches, guanches, até godos. É uma compar-saria de raças e tipos de fazer inveja ao mundo inteiro.

–Bem, fez o meu amigo, continua.

–O velho, emendei eu, ouviu-me atentamente, considerou demoradamente o meu físico, pareceu que me julgava de fato filho de malaio e perguntou-me com doçura:

–Então está disposto a ensinar-me javanês?

–A resposta saiu-me sem querer: –Pois não.

–O senhor há de ficar admirado, aduziu o Barão de Jacuecanga, que eu, nesta idade, ainda queira aprender qualquer coisa, mas...

–Não tenho que admirar. Têm-se visto exemplos e exemplos muito fecundos... ? .

–O que eu quero, meu caro senhor....

–Castelo, adiantei eu.

–O que eu quero, meu caro Senhor Castelo, é cumprir um juramento de família. Não sei se o senhor sabe que eu sou neto do Conselheiro Albernaz,

aquele que acompanhou Pedro I, quando abdicou. Voltando de Londres, trouxe para aqui um livro em língua esquisita, a que tinha grande estimação. Fora um hindu ou siamês que lho dera, em Londres, em agradecimento a não sei que serviço prestado por meu avô. Ao morrer meu avô, chamou meu pai e lhe disse: "Filho, tenho este livro aqui, escrito em javanês. Disse-me quem mo deu que ele evita desgraças e traz felicidades para quem o tem. Eu não sei nada ao certo. Em todo o caso, guarda-o; mas, se queres que o fado que me deitou o sábio oriental se cumpra, faze com que teu filho o entenda, para que sempre a nossa raça seja feliz." Meu pai –continuou o velho barão–, não acreditou muito na história; contudo, guardou o livro. Às portas da morte, ele mo deu e disse-me o que prometera ao pai. Em começo, pouco caso fiz da história do livro. Deitei-o a um canto e fabriquei minha vida. Cheguei até a esquecer-me dele; mas, de uns tempos a esta parte, tenho passado por tanto desgosto, tantas desgraças têm caído sobre a minha velhice que me lembrei do talismã da família. Tenho que o ler, que o compreender, se não quero que os meus últimos dias anunciem o desastre da minha posteridade; e, para entendê-lo, é claro, que preciso entender o javanês. Eis aí.

Calou-se e notei que os olhos do velho se tinham orvalhado. Enxugou discretamente os olhos e perguntou-me se queria ver o tal livro. Respondi-lhe que sim. Chamou o criado, deu-lhe as instruções e explicou-me que perdera todos os filhos, sobrinhos, só lhe restando uma filha casada, cuja prole, porém, estava reduzida a um filho, débil de corpo e de saúde frágil e oscilante.

Veio o livro. Era um velho calhamaço, um in-quarto antigo, encadernado em couro, impresso em grandes letras, em um papel amarelado e grosso. Faltava a folha do rosto e por isso não se podia ler a data da impressão. Tinha ainda umas páginas de prefácio, escritas em inglês, onde li que se tratava das histórias do príncipe Kulanga, escritor javanês de muito mérito.

Logo informei disso o velho barão que, não percebendo que eu tinha chegado aí pelo inglês, ficou tendo em alta consideração o meu saber malaio. Estive ainda folheando o cartapácio, à laia de quem sabe magistralmente aquela espécie de vasconço, até que afinal contratamos as condições de preço e de hora, comprometendo-me a fazer com que ele lesse o tal alfarrábio antes de um ano.

Dentro em pouco, dava a minha primeira lição, mas o velho não foi tão diligente quanto eu. Não conseguia aprender a distinguir e a escrever nem sequer quatro letras. Enfim, com metade do alfabeto levamos um mês e o Senhor Barão de Jacuecanga não ficou lá muito senhor da matéria: aprendia e desaprendia.

A filha e o genro (penso que até aí nada sabiam da história do livro) vie-

ram a ter notícias do estudo do velho; não se incomodaram. Acharam graça e julgaram a coisa boa para distraí-lo.

Mas com o que tu vais ficar assombrado, meu caro Castro, é com a admiração que o genro ficou tendo pelo professor de javanês. Que coisa Única! Ele não se cansava de repetir:

–É um assombro! Tão moço! Se eu soubesse isso, ah! onde estava!

O marido de Dona Maria da Glória (assim se chamava a filha do barão), era desembargador, homem relacionado e poderoso; mas não se pejava em mostrar diante de todo o mundo a sua admiração pelo meu javanês. Por outro lado, o barão estava contentíssimo. Ao fim de dois meses, desistira da aprendizagem e pedira-me que lhe traduzisse, um dia sim outro não, um trecho do livro encantado. Bastava entendê-lo, disseme ele; nada se opunha que outrem o traduzisse e ele ouvisse. Assim evitava a fadiga do estudo e cumpria o encargo.

Sabes bem que até hoje nada sei de javanês, mas compus umas histórias bem tolas e impingi-as ao velhote como sendo do crônicon. Como ele ouvia aquelas bobagens!...

Ficava extático, como se estivesse a ouvir palavras de um anjo. E eu crescia aos seus olhos!

Fez-me morar em sua casa, enchia-me de presentes, aumentava-me o ordenado. Passava, enfim, uma vida regalada.

Contribuiu muito para isso o fato de vir ele a receber uma herança de um seu parente esquecido que vivia em Portugal. O bom velho atribuiu a cousa ao meu javanês; e eu estive quase a crê-lo também.

Fui perdendo os remorsos; mas, em todo o caso, sempre tive medo que me aparecesse pela frente alguém que soubesse o tal patuá malaio. E esse meu temor foi grande, quando o doce barão me mandou com uma carta ao Visconde de Caruru, para que me fizesse entrar na diplomacia. Fiz-lhe todas as objeções: a minha fealdade, a falta de elegância, o meu aspecto tagalo.

–Qual! retrucava ele. Vá, menino; você sabe javanês!

Fui. Mandou-me o visconde para a Secretaria dos Estrangeiros com diversas recomendações. Foi um sucesso.

O diretor chamou os chefes de secção:

–Vejam só, um homem que sabe javanês, que portento!

Os chefes de secção levaram-me aos oficiais e amanuenses e houve um destes que me olhou mais com ódio do que com inveja ou admiração. E todos diziam:

–Então sabe javanês? É difícil? Não há quem o saiba aqui!

O tal amanuense, que me olhou com ódio, acudiu então:

–É verdade, mas eu sei canaque. O senhor sabe?

Disse-lhe que não e fui à presença do ministro.

A alta autoridade levantou-se, pôs as mãos às cadeiras, concertou o pince-nez no nariz e perguntou:

–Então, sabe javanês?

Respondi-lhe que sim; e, à sua pergunta onde o tinha aprendido, contei-lhe a história do tal pai javanês.

–Bem –disse-me o ministro–, o senhor não deve ir para a diplomacia; o seu físico não se presta... O bom seria um consulado na Ásia ou Oceania. Por ora, não há vaga, mas vou fazer uma reforma e o senhor entrará. De hoje em diante, porém, fica adido ao meu ministério e quero que, para o ano, parta para Bâle, onde vai representar o Brasil no Congresso de Lingüística. Estude, leia o Hovelacque, o Max Müller, e outros!

Imagina tu que eu até aí nada sabia de javanês, mas estava empregado e iria representar o Brasil em um congresso de sábios.

O velho barão veio a morrer, passou o livro ao genro para que o fizesse chegar ao neto, quando tivesse a idade conveniente e fez-me uma deixa no testamento.

Pus-me com afã no estudo das línguas maleo-polinésicas; mas não havia meio!

Bem jantado, bem vestido, bem dormido, não tinha energia necessária para fazer entrar na cachola aquelas coisas esquisitas. Comprei livros, assinei revistas: *Revue Anthropologique et Linguistique*, *Proceedings of the English – Oceanic Association*, *Archivo Glottologico Italiano*, o diabo, mas nada! E a minha fama crescia. Na rua, os informados apontavam-me, dizendo aos outros:

–Lá vai o sujeito que sabe javanês.

Nas livrarias, os gramáticos consultavam-me sobre a colocação dos pronomes no tal jargão das ilhas de Sonda. Recebia cartas dos eruditos do interior, os jornais citavam o meu saber e recusei aceitar uma turma de alunos sequiosos de entenderem o tal javanês. A convite da redação, escrevi, no *Jornal do Comércio* um artigo de quatro colunas sobre a literatura javanesa antiga e moderna...

–Como, se tu nada sabias? interrompeu-me o atento Castro.

–Muito simplesmente: primeiramente, descrevi a ilha de Java, com o auxílio de dicionários e umas poucas de geografias, e depois citei a mais não poder.

–E nunca duvidaram? perguntou-me ainda o meu amigo.

–Nunca. Isto é, uma vez quase fico perdido. A polícia prendeu um sujeito,

um marujo, um tipo bronzado que só falava uma língua esquisita. Chamaram diversos intérpretes, ninguém o entendia. Fui também chamado, com todos os respeitos que a minha sabedoria merecia, naturalmente. Demorei-me em ir, mas fui afinal. O homem já estava solto, graças à intervenção do cônsul holandês, a quem ele se fez compreender com meia dúzia de palavras holandesas. E o tal marujo era javanês –uf!

Chegou, enfim, a época do congresso, e lá fui para a Europa. Que delícia! Assisti à inauguração e às sessões preparatórias. Inscreveram-me na secção do tupi-guarani e eu abalei para Paris. Antes, porém, fiz publicar no Mensageiro de Bâle o meu retrato, notas biográficas e bibliográficas. Quando voltei, o presidente pediu-me desculpas por me ter dado aquela secção; não conhecia os meus trabalhos e julgara que, por ser eu americano brasileiro, me estava naturalmente indicada a secção do tupi-guarani. Aceitei as explicações e até hoje ainda não pude escrever as minhas obras sobre o javanês, para lhe mandar, conforme prometi.

Acabado o congresso, fiz publicar extratos do artigo do Mensageiro de Bâle, em Berlim, em Turim e Paris, onde os leitores de minhas obras me ofereceram um banquete, presidido pelo Senador Gorot. Custoume toda essa brincadeira, inclusive o banquete que me foi oferecido, cerca de dez mil francos, quase toda a herança do crédulo e bom Barão de Jacuecanga.

Não perdi meu tempo nem meu dinheiro. Passei a ser uma glória nacional e, ao saltar no cais Pharoux, recebi uma ovação de todas as classes sociais e o presidente da república, dias depois, convidava-me para almoçar em sua companhia.

Dentro de seis meses fui despachado cônsul em Havana, onde estive seis anos e para onde voltarei, a fim de aperfeiçoar os meus estudos das línguas da Malaia, Melanésia e Polinésia.

–É fantástico, observou Castro, agarrando o copo de cerveja.

–Olha: se não fosse estar contente, sabes que ia ser ?

–Que?

–Bacteriologista eminente. Vamos?

–Vamos.

LIMA BARRETO

Alfonso Henriques de Lima Barreto nació en Río de Janeiro, y murió el 1º de noviembre de 1922, a los 41 años, en el suburbio pobre de Todos Os Santos.

Estudió en los mejores colegios y liceos de la época. Llegó a hacer varios años de estudio de ingeniería en la mejor facultad de la época, la Escuela Politécnica. Pero su vocación eran las letras. En 1902 abandona sus estudios universitarios al tener que trabajar como Empleado como amanuense en la Secretaría de la Guerra y escribiendo para varios diarios, para mantener a su familia dado la enfermedad de su padre.

Hacia 1907-1908 el autor escribe sus primeras novelas: *Recordacoes do escrivão Isaías Caminha* y *Vida e Morte de M. J. Gonzaga de Sá*. Ambos personajes son "alter egos" del autor, lo que conviene a esta primera literatura en excelente testimonio de su sufrimiento: la mediocridad del trabajo de amanuense, las injusticias varias, incluida la discriminación racial, el abismo de la locura. Pero cuando finalmente encuentra un editor que se dispone a publicarlo, el autor elige *Isaías Caminha*, una novela que denuncia la sordidez del medio periodístico y donde no esconde que el diario en cuestión es el Correio da Manhã, lo que le valió varias enemistades.

Lima Barreto era un puro en el sentido más elemental, el de la total incapacidad de entender las mezquindades, las adulaciones, las "capillas", las formas primeras y banales de cercenar la dignidad humana. Es a partir de este sentimiento de perplejidad que construirá toda su obra y si estas primeras novelas no llegan todavía a la perfección, el autor ya estaba madurando para lo que será su obra mayor: la historia de ese Quijote nacional brasileño que es *Triste Fim de Policarpo Quaresma*, y sus cuentos.

Será hacia 1911-1912 cuando el autor conocerá su mejor momento creativo. Son de esta etapa cuentos como *O Homem que sabia javanês* y *Nova California*. Pero es sin duda la novela *Triste Fim de Policarpo Quaresma*, de esta misma época y que aparece publicada en entregas del diario *Jornal do Comercio*, el mejor y más representativo momento de la obra de Lima Barreto. Pero sólo tendrá un real reconocimiento público cuando el autor, pagando la edición, lo publique en libro, en 1916.

A pesar de su decadencia física, el novelista escribiría todavía *Clara dos Anjos* y publicaría *Numa e a Ninfa*, *Os Bruzundangas*, una colección de notas satíricas, como *Bagatelas*, *el viejo texto de Vida e Morte de M.J. Gonzaga de Sá*, *Historias e Sonhos*, cuentos. La más importante de sus últimas obras fue *Clarados Anjos*. El escritor fue internado dos veces, por "Neurastenia" y una por "Alcoholismo crónico". De ellas dejará el *Cemitério dos Vivos*, novela inacabada y el *Diario do Hospicio*. Pero su salud estaba minada. Su hermana lo encontró muerto en su cama con la *Revue des Deux Mondes* sobre el pecho. La gloria postuma de Lima Barreto se debe por cierto a la permanente actualidad de su obra, porque el escritor transfiguró el dolor de vivir en arte.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA *y* TECNOLOGÍA



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

